



Sherwood Anderson}

(1876-1941)

Relatos

NADIE LO SABE

GEORGE WILLARD SE levantó del escritorio que ocupaba en las oficinas del *Winesburg Eagle*, miró cautelosamente a su alrededor y salió con precipitación por la puerta trasera. La noche era calurosa y el cielo estaba cubierto de nubes; aunque no habían dado las ocho todavía, la callejuela a la que daba la parte trasera de las oficinas del *Eagle* estaba oscura como la pez. Un tronco de caballos atado por allí a un poste invisible pataleó en el suelo duro y calcinado. De entre los mismos pies de George Willard saltó un gato y echó a correr, perdiéndose entre las tinieblas. El joven estaba nervioso. Durante todo el día había trabajado como si estuviese atontado de resultas de un golpe. Al pasar por la callejuela temblaba como aterrorizado.

George Willard fue avanzando en la oscuridad por la callejuela, caminando con cuidado y precaución. Las puertas traseras de las tiendas de Winesburgo estaban abiertas y pudo ver a muchas personas sentadas a la luz de las lámparas. En el Myerbaum's Notion Store vio a la señora de Willy, el dueño de la taberna, de pie junto al mostrador, con una cesta en el brazo; la atendía un empleado que se llamaba Sid Green. Éste le hablaba con gran interés, inclinaba el cuerpo sobre el mostrador sin dejar de hablar.

George Willard se agazapó y atravesó de un salto el reguero de luz que se proyectaba a través del hueco de la puerta. Echó a correr hacia adelante en medio de las tinieblas. El viejo Jerry Bird, que era el borracho del pueblo, estaba dormido en el suelo detrás de la taberna de Ed Griffith. El fugitivo tropezó con las piernas del borracho que estaba despatarrado. Éste se echó a reír con risa entrecortada.

George Willard se había lanzado a una aventura. No había hecho en todo el día otra cosa que reunir ánimos para lanzarse a esa aventura, y ahora estaba ya metido en ella. Desde las seis había estado sentado en las oficinas del *Winesburg Eagle* haciendo esfuerzos por concentrar el pensamiento.

No llegó a tomar ninguna resolución. No hizo más que ponerse en pie de un salto, pasar precipitadamente junto a Will Henderson, que se encontraba leyendo pruebas en la imprenta, y echar a correr por la callejuela.

George Willard anduvo calles y calles, evitando encontrarse con la gente que pasaba. Cruzó una y otra vez la carretera. Cuando pasaba por debajo de un farol se echaba el sombrero hacia adelante para taparse la cara. No se atrevía a pensar. Dominábale el miedo, pero el miedo que ahora sentía era distinto del de

antes. Temía que aquella aventura en que se había metido se estropease, que le faltase el valor y que se volviese atrás.

George Willard encontró a Louise Trunnion en la cocina de la casa de su padre. Estaba lavando los platos a la luz de una lámpara de petróleo. Allí estaba, detrás de la puerta de la pequeña cocina situada en la parte trasera de la casa. George Willard se detuvo junto a una empalizada e hizo un esfuerzo para dominar el temblor de su cuerpo. Ya sólo le separaba de su aventura un estrecho sembrado de patatas. Transcurrieron cinco minutos antes de que recobrase aplomo suficiente para llamarla. « ¡Louise! ¡Eh, Louise! », exclamó. El grito se le pegó a la garganta. Su voz fue sólo un susurro áspero.

Louise Trunnion se acercó, atravesando el sembrado de patatas, con el trapo de secar los platos en la mano. « ¿Cómo sabes que voy a salir contigo? —dijo ella refunfuñando—. Muy seguro parece que estás.»

George Willard no contestó. Permaneció mudo en la oscuridad, con la empalizada de por medio. « Sigue adelante; papá está en casa. Yo iré detrás de ti. Espérame junto al pajar de William. » El joven reportero de periódico había recibido una carta de Louise Trunnion. Había llegado aquella misma mañana a las oficinas del *Winesburg Eagle*. La carta era concisa. « Soy tuya, si tú lo quieres », decía. Le molestó que allí, en la oscuridad, junto a la empalizada, hubiese afirmado que no había nada entre ellos. « ¡Qué tupé! De veras que tiene un soberano tupé », murmuraba al mismo tiempo que seguía calle adelante, atravesando una hilera de solares sin edificar, sembrados de trigo. El trigo le llegaba hasta los hombros, y estaba sembrado hasta el mismo borde de la acera.

Cuando Louise Trunnion salió por la puerta frontera de su casa llevaba el mismo vestido de percal que tenía cuando estaba lavando los platos. Iba a pelo; el muchacho la vio detenerse con la mano en el picaporte de la puerta hablando con alguien que estaba dentro de casa, con el viejo Jake Trunnion, su padre, sin duda alguna. El tío Jake era medio sordo, y la chica le hablaba a gritos.

Se cerró la puerta, y el silencio y la oscuridad reinó en la pequeña callejuela. George Willard se echó a temblar con más fuerza que nunca.

George y Louise permanecieron en la sombra del pajar de William sin atreverse a decir palabra. Ella no era demasiado hermosa que digamos, y tenía a un lado de la nariz una mancha negra. George pensó que ella se había frotado la nariz con el dedo después de andar con las cacerolas. El joven rompió a reír nerviosamente. « Hace calor », dijo. Intentó tocarle con la mano. « Soy poco decidido -pensó-. Sólo el tocar los pliegues de su vestido de percal debe ser un

placer exquisito.» Eso se decía George, pero ella empezó con evasivas. «Tú crees, ser mejor que yo. No digas lo contrario, lo adivino», dijo acercándose más a él.

George Willard rompió a hablar sin trabas. Se acordó de las miradas que la joven le dirigía a hurtadillas cuando se encontraban en la calle y pensó en la nota que le había escrito. Esto alejó de él toda duda. También le animaron las cosas que se susurraban en la población acerca de ella. Y se convirtió en el macho, audaz y agresivo. En el fondo no sentía por ella simpatía alguna. «Bueno, vamos, no pasará nada. Nadie lo sabrá. ¿Quién lo va a contar?», insistió.

Fueron caminando por una estrecha acera enladrillada, por entre cuyas grietas crecían grandes yerbajos. Faltaban algunos ladrillos y la acera tenía muchos altibajos. La cogió de la mano, que también era áspera, y le pareció deliciosamente menuda. «No puedo ir lejos», dijo la joven con voz tranquila y serena. Cruzaron un puente sobre un minúsculo arroyuelo y atravesaron otro solar sin edificar, sembrado de trigo. Allí acababa la calle. Siguiendo por el sendero paralelo a la carretera, tuvieron que ir uno detrás de otro. Junto a la carretera estaba el fresal de Will Overton, en el que había un montón de tablas. «Will va a construir un cobertizo donde guardar las banastas para las fresas», dijo George al tiempo que se sentaban sobre las tablas.

. . .

Eran más de las diez cuando George Willard volvió a Main Street; había empezado a llover. Anduvo tres veces la calle de un extremo a otro; la droguería de Sylvester West estaba abierta todavía. Entró y compró un puro. Se alegró al ver que el mozo, Shorty Crandall, salió a la puerta con él. Los dos permanecieron conversando cinco minutos, al abrigo del toldo del edificio. George Willard estaba satisfecho. Sentía un deseo incontenible de hablar con un hombre. Dobló una esquina y marchó hacia la New Willard House silbando muy bajito. Se paró frente al vallado con cartelones de circo que había al lado de la tienda de ultramarinos de Winny y, dejando de silbar, permaneció inmóvil en la oscuridad, con el oído atento, como si escuchase una voz que le llamaba por su nombre. Luego volvió a reírse nerviosamente. «No ha dejado rastro en mí. Y nadie lo sabe», murmuró con un arranque enérgico; y siguió su camino.

UNA AVENTURA

ALICE HINDMAN, QUE tenía ya veintisiete años cuando George Willard era todavía un muchacho, había pasado toda su vida en Winesburgo. Estaba empleada en la tienda de ultramarinos de Winney, y vivía en casa de su madre, que estaba casada en segundas nupcias.

El padrastro de Alice, pintor de coches, era dado a la bebida. Tenía una historia muy extraña; valdrá la pena de que la cuente algún día.

Cuando Alice tenía veintisiete años era una muchacha alta y más bien delgada. Su cabeza, muy voluminosa, era lo que más destacaba de su cuerpo; tenía las espaldas un poco inclinadas; los ojos y los cabellos castaños. Alice era una mujer muy tranquila que ocultaba, bajo apariencias de placidez, un fermento interior en continua actividad.

Alice había tenido una aventura amorosa con cierto joven, siendo ella una chiquilla de dieciséis años. En aquel entonces no había empezado todavía a trabajar en el almacén. El joven, que se llamaba Ned Currie, era mayor que Alice. Estaba empleado, como George Willard, en el *Winesburg Eagle*; durante mucho tiempo se veía casi todas las noches con Alice. Paseaban juntos bajo los árboles, por las calles del pueblo, y hablaban del destino que darían a sus vidas. Alice era entonces una chiquilla muy linda, y Ned Currie la estrechó entre sus brazos y la besó. El joven se exaltó y dijo cosas que no pensaba decir; también Alice se llenó de exaltación, porque la traicionó su deseo de que entrase en su vida monótona un rayo de belleza. También ella habló, quebróse la corteza exterior de su vida, toda su reserva y desconfianza características, y se entregó por completo a las emociones del amor. A finales del otoño, Ned Currie se marchó a Cleveland, esperando colocarse en un periódico de aquella ciudad y abrirse camino en el mundo; y ella, con sus dieciséis años, quería irse con él. Manifestóle con voz temblorosa su oculto pensamiento. «Yo trabajaré y tú podrás también trabajar —díjole—. No quiero echarte encima una carga inútil que te impida progresar. No te cases ahora conmigo. Prescindiremos por ahora de ello, aunque vivamos juntos. Nadie murmurará aunque vivamos en la misma casa, porque nadie nos conocerá en aquella ciudad y la gente no se fijará en nosotros.»

Ned Currie se quedó confuso ante aquella resolución y entrega que de sí misma le hacía su novia, pero se sintió también conmovido. Su primer deseo había sido hacer de la muchacha su amante, pero cambió de resolución. Pensó en pro-

tegerla y cuidar de ella. «No sabes lo que te dices —le contestó con aspereza—. Ten la seguridad de que no te consentiré que hagas semejante cosa. En cuanto consiga un buen empleo regresaré. Por el momento tendrás que quedarte aquí. Es lo único que podemos hacer.»

La víspera del día en que había de marchar de Winesburgo para empezar su nueva vida en la ciudad, fue Ned Currie a buscar a Alice. Empezaba a anochecer. Pasearon por las calles durante una hora, luego alquilaron un cochecillo en las caballerizas de Wesley Moyer y salieron a dar un paseo por el campo. Salió la luna y los muchachos no supieron qué decirse. La tristeza le hizo olvidar al joven los propósitos que había hecho respecto a su manera de conducirse con la joven.

Saltaron del coche junto a un extenso prado que descendía hasta el lecho del Wine Creek, y allí, en la pálida claridad, se hicieron amantes. Cuando regresaron a la población, hacia la media noche, los dos estaban alegres. Parecíales que ningún acontecimiento futuro podía borrar la maravilla y la belleza de lo que acababa de ocurrir. Ned Currie dijo al despedirse de la joven a la puerta de la casa de su padre: «De aquí en adelante tendremos que seguir unidos, suceda lo que suceda.»

El joven periodista no consiguió colocarse en Cleveland y marchó hacia el Oeste, a Chicago. Durante algún tiempo sentía su soledad y escribía todos los días a Alice. Pero la vida de la ciudad lo envolvió en su torbellino; fue haciendo amigos y descubrió en la vida nuevos motivos de atracción. Se hospedaba en Chicago en una pensión en la que había varias mujeres. Una de ellas despertó su interés y se olvidó de Alice, que había quedado en Winesburgo. Antes de finalizar el año dejó de escribirla y sólo se acordaba de la muchacha muy de tarde en tarde, cuando se sentía solitario o cuando paseaba por algunos de los parques de la ciudad y veía brillar la luz de la luna sobre la hierba, como brillaba aquella noche en el prado cercano al Wine Creek.

La muchacha de Winesburgo, iniciada ya en el amor, fue creciendo hasta hacerse mujer. Cuando tenía veintidós años falleció de repente su padre, que tenía una guarnicionería. Como el guarnicionero era un antiguo soldado, su viuda empezó a cobrar al cabo de algunos meses una pensión de viudedad. Invirtió el primer dinero que cobró en comprar un telar, para dedicarse a tejer alfombras. Alice consiguió un empleo en la tienda de Winney. Durante varios años no hubo nada capaz de hacerle creer que Ned Currie no acabaría por volver a buscarla.

Se alegró de estar empleada, porque la diaria rutina del trabajo en la tienda hacía menos largo y aburrido el tiempo de la espera. Empezó a ahorrar dinero, con la idea de ir a la ciudad en busca de su amante en cuanto tuviese

ahorrados dos o trescientos dólares, a fin de intentar reconquistar su cariño con su presencia.

Alice no censuraba a Ned Currie por lo que había ocurrido en el campo, a la luz de la luna, pero experimentaba la sensación de que no sería capaz ya de casarse con otro hombre. Parecíale una monstruosidad la idea de entregar a otro lo que ella tenía conciencia de que sólo podía pertenecer a Ned. No hizo caso alguno de otros jóvenes que procuraron atraer su interés. «Soy su mujer y continuaré siéndolo, vuelva o no vuelva», se decía a sí misma; y por muy dispuesta que estuviese a mirar por su propio interés, no habría sido capaz de comprender el ideal, cada vez más difundido hoy, de una mujer dueña de sus propios destinos y persiguiendo, en un toma y daca, su propia finalidad en la vida.

Alice trabajaba en la tienda desde las ocho de la mañana hasta las seis de la noche, y tres tardes por semana volvía a la tienda a trabajar de siete a nueve. Conforme fue pasando el tiempo y ella sintió cada vez más su soledad, empezó a poner en práctica los recursos comunes a todas las personas solitarias. Por la noche, cuando subía a su cuarto, se arrodillaba en el suelo para rezar, y en medio de sus rezos murmuraba las cosas que hubiera querido decir a su amante. Se aficionó a objetos inanimados, y no consintió que nadie pusiese la mano en los muebles de su habitación, porque ésta era suya exclusivamente. Continuó ahorrando dinero, aun después de que abandonó su propósito de marchar a la ciudad en busca de Ned Currie.

El ahorro se convirtió para ella en un hábito adquirido, y cuando necesitaba comprar ropa nueva se privaba de hacerlo. A veces, en tardes lluviosas, sacaba en el almacén su libreta del Banco y, abriéndola delante de ella, se pasaba las horas soñando cosas imposibles para economizar una cantidad de dinero suficiente para que ella y su futuro marido pudiesen vivir de las rentas.

«A Ned le ha gustado siempre viajar por el mundo —pensó—. Yo le daré la oportunidad de hacerlo. Cuando estemos ya casados y pueda yo ahorrar su dinero y el mío, nos haremos ricos. Entonces podremos viajar juntos por todo el mundo.»

Y fueron pasando las semanas, que se convirtieron en meses, y los meses en años, y Alice continuó esperando en la tienda de ultramarinos, soñando siempre con la vuelta de su amante. Su patrón, un anciano de pelo entrecano, dentadura postiza y un bigotito ralo que le caía sobre la boca, era poco aficionado a la charla; a veces, en los días lluviosos o en los días de invierno en que el temporal se desencadenaba sobre Main Street, pasaban horas y horas sin que entrase un solo cliente. Entonces Alice arreglaba y volvía a arreglar los géneros de la tienda. Permanecía de pie junto al escaparate, desde donde podía observar la calle

desierta, y pensaba en las noches en que paseaba con Ned Currie y en las cosas que éste le había dicho. «De aquí en adelante tendremos que ser el uno del otro.» Aquellas palabras resonaban una y otra vez en el cerebro de aquella mujer que iba entrando en años. Asomaban las lágrimas a sus ojos. A veces, cuando había salido su patrón y ella se encontraba sola en la tienda, apoyaba su cabeza en el mostrador y lloraba. «Ned, te estoy esperando», murmuraba una y otra vez; y su temor, que se iba deslizando en su interior, de que no volviese nunca más adquirió cada vez mayor fuerza.

La región que rodea a Winesburgo es deliciosa durante la época de primavera, después de las lluvias del invierno y antes de que lleguen los calurosos días del estío. El pueblo se levanta en medio de una llanura, pero más allá de los sembrados surgen encantadoras extensiones de bosques. Hay en esas arboledas muchos pequeños rincones escondidos, lugares sosegados a donde suelen ir a sentarse los enamorados en las tardes de los domingos. Por entre los árboles se descubre la llanura y se ve desde allí a la gente de las granjas atareada en los corrales y a las personas que van y vienen en carruaje por las carreteras. Repican las campanas en el pueblo y de vez en cuando pasa un tren que, visto a lo lejos, parece de juguete.

Pasaron muchos años después de la marcha de Ned Currie sin que Alice fuese al bosque los domingos con otros jóvenes; pero cierto día, a los dos o tres años de la marcha de aquél, haciéndosele insoportable su soledad, se vistió con sus mejores ropas y salió del pueblo. Encontró un pequeño espacio abrigado desde el cual podía distinguir el pueblo y una ancha faja de campo y se sentó. Asaltóle el temor de su edad y de la inutilidad de todo lo que hiciese. No pudo permanecer sentada y se levantó. Puesta en pie, y al ir recorriendo con la mirada el paisaje, hubo algo, tal vez el pensamiento de aquella vida que no se interrumpía jamás a través de la cadena de las estaciones del año; hubo algo que la hizo fijar su atención en los años que pasaban. Se dio cuenta de que había perdido la belleza y la frescura de la juventud, y se estremeció de temor. En aquel momento tuvo por primera vez la sensación de que la habían estafado. No le echaba la culpa a Ned Currie y no sabía tampoco a quien echársela. Se sintió invadida de tristeza; cayó de rodillas y se esforzó por rezar, pero en lugar de oraciones salieron de sus labios palabras de protesta. «No volverá ya a mí. No volveré a encontrar ya la felicidad. ¿Por qué trato de engañarme a mí misma?», exclamó; y se sintió poseída de una extraña sensación de alivio, nacida de aquel primer esfuerzo para enfrentarse con el miedo, que había llegado a ser una parte de su vida diaria.

El año en que Alice cumplió los veinticinco ocurrieron dos cosas que rompieron la triste monotonía de sus días.

Su madre se casó con Bush Milton, el pintor de coches de Winesburgo, y ella, por su parte, ingresó en la congregación de la Iglesia Metodista. Alice se había hecho de la iglesia porque había llegado a tener miedo de la soledad de su vida. El segundo matrimonio de su madre había puesto más aún de relieve su aislamiento. «Me estoy haciendo vieja y rara. Si Ned vuelve, ya no me querrá. Los hombres de la ciudad donde él está viven en una perpetua juventud. Son tantas las cosas que allí ocurren que no tienen tiempo de hacerse viejos», se decía a sí misma con una sonrisa de amargura; y empezó a relacionarse resueltamente con otras personas. Todos los martes por la noche, después de cerrar la tienda, iba a una reunión religiosa que se celebraba en el sótano de la iglesia, y los domingos por la noche, acudía a las reuniones de una sociedad que se llamaba la Liga de Epworth.

Alice no dijo que no cuando Will Hurley, un hombre de mediana edad, empleado en una droguería y que pertenecía también a la iglesia, se ofreció a acompañarla hasta su casa. «Claro está que no consentiré que se acostumbre a estar conmigo, pero no veo peligro alguno en que venga de cuando en cuando», pensó, resuelta siempre a continuar siendo fiel a Ned Currie.

Alice, sin que ella misma se diese cuenta, intentaba asirse de nuevo a la vida, débilmente al principio, pero luego con mayor resolución cada vez. Caminaba en silencio al lado del empleado de la droguería; pero más de una vez, en la oscuridad, mientras caminaban como dos estúpidos, alargó la mano para tocar suavemente los pliegues de su americana. Cuando se despedía de ella, frente a la puerta de la casa de su madre, Alice, en lugar de entrar en casa, se quedaba un momento junto a la puerta. Sentía impulsos de llamar al empleado aquel, de rogarle que se sentase con ella en la oscuridad del porche de la casa, pero temía que no la comprendiese. «No es a él a quien yo quiero —se decía a sí misma—. Lo que yo busco es huir de mi gran soledad. Si no tomo precauciones acabaré por desacostumbrarme del trato de la gente.»

. . .

A principios de otoño del año en que cumplía los veintisiete, se apoderó de Alice un desasosiego apasionado. No podía sufrir la compañía del empleado de la droguería y cuando llegaba, al atardecer, para sacarla de paseo, ella lo despa-
chaba. Su cerebro trabajaba con una intensa actividad; volvía a casa fatigada de permanecer largas horas detrás del mostrador y se metía en la cama, pero no podía conciliar el sueño. Permanecía con los ojos muy abiertos, queriendo penetrar en la oscuridad. Su imaginación jugaba dentro del cuarto como un niño que se despierta después de muchas horas de sueño. En lo más profundo de su ser había algo que

no se dejaba engañar con fantasías y que exigía a la vida una respuesta bien definida.

Alice cogió una almohada entre sus brazos y la apretó fuertemente contra sus senos. Se echó fuera de la cama y arregló la manta de manera que, en la oscuridad, abultaba como si hubiese alguien entre las sábanas; se arrodilló junto al lecho y acarició aquel bulto, susurrando una y otra vez como una cantinela: «¿Por qué no ocurre algo de improviso? ¿Por qué me dejan sola?» Aunque algunas veces se acordaba de Ned Currie, lo cierto es que no contaba ya con él. Sus deseos se habían hecho imprecisos. No suspiraba por Ned Currie ni por ningún otro hombre determinado. Quería ser amada, que hubiese algo que hiciese; eco a la llamada que surgía de su interior cada vez con mayor fuerza.

Así las cosas, tuvo Alice una aventura; fue en una noche de lluvia, y aquella aventura la llenó de terror y confusión. Había regresado de la tienda a las nueve y no estaba nadie en casa. Bush Milton andaba por el pueblo y su madre había ido a casa de una vecina. Alice subió a su cuarto y se desvistió a oscuras. Permaneció un momento junto a la ventana, escuchando el ruido de las gotas que golpeaban los cristales, y de pronto se apoderó de ella un extraño deseo. Sin detenerse a pensar en lo que iba a hacer, echó a correr escaleras abajo por la casa en tinieblas y se zambulló en la lluvia que caía. Mientras permanecía de pie en el pequeño espacio sembrado de hierba que había frente a su casa, sintiendo correr por su cuerpo la fría lluvia, se adueñó por completo de ella un deseo loco de echar a correr desnuda por las calles.

Se imaginó que la lluvia ejercía sobre su cuerpo un influjo creador y maravilloso. Hacía muchos años que no se había sentido tan llena de juventud y de energía. Sentía impulsos de saltar y de correr, de gritar, de topar con algún ser humano solitario y abrazarse a él. Por la acera enladrillada se oyeron las torpes pisadas de un hombre que iba camino de su casa. Alice echó a correr. Poseía un capricho salvaje y desesperado. « ¡Qué me importa quién sea! Está solo, y yo me llegaré a él —pensó—; y sin detenerse a reflexionar en las posibles consecuencias de su locura, lo llamó cariñosamente de este modo: ¡Espera! No marches. Seas quien seas, tienes que esperar.»

El hombre que pasaba por la acera se detuvo y se quedó escuchando. Era viejo y algo sordo. Se llevó la mano a la boca para dar más resonancia a sus palabras y gritó con toda su fuerza: « ¿Cómo? ¿Qué dice?»

Alice se dejó caer al suelo toda temblorosa. Tan asustada quedó, pensando en lo que había hecho, que cuando el hombre siguió su camino ella no tuvo valor para ponerse en pie, sino que se dirigió hasta su casa gateando sobre la hierba. Cuando llegó a su cuarto, se cerró por dentro y arrimó la mesa de tocador a

la puerta. Su cuerpo tiritaba como si hubiese cogido frío; y era tal el temblor de sus manos que no podía ponerse el camisón. Se metió en la cama, hundió su rostro en la almohada y sollozó desconsoladamente. « ¿Qué es lo que me pasa? Si no tomo precauciones, un día haré algún disparate horrible», pensaba. Se volvió de cara a la pared y procuró armarse de valor para hacerse a la idea de que son muchas las personas que se ven obligadas a vivir y morir solitarias, aun en Winesburgo.

UÑA Y CARNE

VIVIÓ HASTA LA edad de siete años en una casa vieja, sin pintar, junto a un camino abandonado que arrancaba de Trunion Pike. Su padre no se ocupaba apenas de ella, y su madre había fallecido. Su padre se pasaba el tiempo discutiendo y discurriendo sobre religión. Afirmaba que él era un agnóstico; y de tal manera vivía absorto en la empresa de echar abajo las ideas que acerca de Dios se habían deslizado en el cerebro de sus convecinos, que no alcanzó a ver cómo se manifestaba Dios en aquella niña que vivía tan pronto en un sitio como en otro, casi olvidada, gracias a la bondad de los parientes de su fallecida madre.

Llegó a Winesburgo un forastero que vio en la niña lo que no había visto su padre. Era un joven de elevada estatura, de pelo rojizo, que casi siempre estaba borracho. A veces solía sentarse en una silla delante de la New Willard House, con el padre de la niña, Tom Hard. Este hablaba, sosteniendo que no era posible la existencia de Dios; el extranjero le oía sonriendo y guiñaba el ojo a los que estaban cerca de ellos. Se hicieron gran des amigos, él y Tom, y solían estar juntos muy a menudo.

El forastero era hijo de un rico negociante de Cleveland y había venido a Winesburgo con una finalidad. Quería curarse del hábito de la bebida, y pensó que tendría mayores probabilidades de luchar con aquel vicio que estaba aniquilándolo si ponía tierra de por medio entre él y sus amigos de la ciudad y se iba a vivir en un pueblo del campo.

Su estancia en Winesburgo no fue precisamente un éxito. La monotonía con que transcurrían las horas lo llevó a darse con más ahinco que nunca a la bebida. Pero acertó en una cosa. Puso a la hija de Tom Hard un nombre que encerraba un gran sentido.

Una tarde venía el forastero haciendo eses por Main Street del pueblo, todavía con la resaca de una copiosa borrachera. Tom Hard estaba sentado en una silla, delante de la New Willard House, y tenía encima de las rodillas a su hijita, de cinco años entonces.

Sentado en el andén de madera, se hallaba a su lado George Willard. El forastero se dejó caer junto a él en una silla. Todo su cuerpo tiritaba; y cuando habló, su voz era temblorosa.

Era la hora del crepúsculo y la oscuridad se cernía sobre la población y sobre la línea del ferrocarril que pasaba frente al hotel, al pie de un pequeño

declive. A lo lejos, hacia el oeste, resonaba el prolongado silbido de la locomotora de un tren de pasajeros. Un perro, que había estado durmiendo en mitad de la carretera, se levantó y empezó a ladrar. El forastero se puso a charlar sin ton ni son e hizo una profecía acerca de la niña que el agnóstico tenía en brazos.

«Vine a este pueblo para apartarme de la bebida», dijo, y las lágrimas empezaron a correr por sus mejillas. No miraba a Tom Hard, sino que inclinaba el busto hacia adelante, con la mirada perdida en la oscuridad, como si estuviese viendo una visión. «Huí al campo para curarme, pero ha sido inútil. Les diré por qué.» Se volvió y miró a la niña que estaba sentada muy tiesa sobre la rodilla de su padre; ella le devolvió la mirada.

El forastero puso la mano sobre el brazo de Tom Hard. «No es la bebida mi única debilidad -dijo-. Tengo otra. Soy un enamorado y no he dado todavía con un objeto para mi amor. Esto tiene mucha importancia, y usted lo comprenderá si tiene suficiente experiencia para ello. Por esto es inevitable que yo acabe mal. Son pocos los que lo comprenden.»

El forastero se calló como abrumado de tristeza, pero lo despertó un nuevo silbido de la locomotora del tren de pasajeros. «No he perdido la fe. Lo digo muy alto. Pero he venido a parar a un lugar en el que nadie comprenderá mi fe», dijo con voz áspera. Dirigió una mirada intensa a la niña y empezó a hablar para ella, sin prestar atención al padre. «Esa mujer vendrá -dijo, y su voz se hizo ahora aguda y ansiosa-. Pero cuando llegue ya habré partido yo. ¿Te das cuenta? Las horas de nuestra cita no coinciden. Sería cosa del destino que hubiera dado yo con ella precisamente en una tarde como ésta, estando yo destrozado por el alcohol. y siendo ella tan sólo una niña.»

Las espaldas del forastero empezaron a temblar violentamente; intentó hacer un cigarrillo, pero se le cavó el papel de sus dedos temblequeantes. Se puso furioso y gruñó: «Creen que no tiene mérito el ser mujer y hacerse amar, pero yo sé muy bien lo que eso significa -exclamó, y se volvió otra vez hacia la niña. Yo lo comprendo —dijo—. Tal vez soy yo el único hombre que lo comprende.»

Su mirada vagó otra vez por la oscuridad de la calle. «La conozco aún sin haberla visto nunca -continuó suavemente-. Conozco sus luchas y sus derrotas. Es precisamente por esas derrotas por lo que resulta para mí el único ser amado. Desde ahora las mujeres tendrán otro rasgo distintivo nacido de sus derrotas. He discurrido un nombre para esa condición. La llamo Uña y Carne. Discurrí este nombre cuando yo era un soñador auténtico y antes que mi cuerpo se envileciese. Es la condición de ser fuerte para ser amada. Es algo que los hombres necesitarían encontrar en las mujeres, pero que no lo encuentran.»

El forastero se puso en pie y permaneció frente a Tom Hard. Su cuerpo se balanceaba atrás y adelante y parecía que iba a caerse; pero lo que hizo fue arrodillarse sobre la acera y llevar las manos de la niña a sus labios de borracho, besándolas con éxtasis. «Sé Uña y Carne —díjole ansiosamente—. Atrévete a ser fuerte y valerosa. Ese es el camino. Arriésgalo todo. Ten valor suficiente para atreverte a que te amen. Sé algo más que un hombre o mujer. Sé Uña y Carne.»

El forastero se levantó y se alejó tambaleándose por la calle. Uno o dos días después subió a un tren y regresó a su casa de Cleveland. Aquella misma noche de verano, después de la conversación frente al hotel, llevó Tom Hard la niña a la casa de un pariente que la había invitado a pasar la noche en su casa. Caminando por la oscuridad, bajo los árboles, se olvidó de la charla del forastero y volvió a concentrar su pensamiento en la búsqueda de argumentos capaces de destruir la fe de los hombres que creían en Dios. Llamó a su hija por su nombre y ésta se echó a llorar.

«No quiero que me llamen así —declaró—. Quiero que me llamen Uña y Carne, eso es, Uña y Carne Hard.» La niña lloraba tan desconsoladamente, que Tom Hard se enterneció y se puso a consolarla. Detúvose bajo un árbol, la tomó en sus brazos y empezó a acariciarla. «Vamos, sé buena» —díjole vivamente, pero ella no se tranquilizó. Se entregó con abandono infantil a su dolor, y su voz rompió el sosiego nocturno de la calle. «Quiero ser Uña y Carne. Quiero ser Uña y Carne. Quiero ser Uña y Carne Hard», exclamó, moviendo la cabeza y sollozando, como si su energía infantil no pudiese sostener aquella visión que las palabras del borracho habían despertado en ella.

LA MAESTRA

LAS CALLES DE Winesburgo se hallaban cubiertas de una espesa capa de nieve. Había empezado a nevar a eso de las diez de la mañana; se levantó el viento y empujó a la nieve en torbellinos por Main Street. Las carreteras que iban a parar al pueblo y que solían estar convertidas en barrizales se hallaban ahora heladas y lisas; en algunos sitios el barro estaba cubierto por una corteza de hielo. «Se podrá andar bien en trineo», dijo Will Henderson, de pie junto al mostrador de la taberna de Ed Griffith. Salió a la calle y se tropezó con Sylvester West, el droguero, que andaba con unos pesados zuecos, llamados «árticos». «La nieve hará que la gente venga al pueblo el sábado —dijo el droguero. Los dos hombres se detuvieron a conversar de sus asuntos. Will Henderson, que llevaba un abrigo delgado y no tenía zuecos, se golpeaba el tacón del pie izquierdo con la punta del pie derecho—. La nieve vendrá bien para el trigo», observó el droguero sabiamente.

El joven George Willard, que no tenía nada que hacer, se alegró porque no se sentía con ganas de trabajar aquel día. El semanario estaba ya tirado y había sido llevado al correo el miércoles por la noche; la nieve había empezado a caer el jueves. A las ocho, después de que pasó el tren de la mañana, se echó al bolsillo un par de patines y se fue hasta el depósito de aguas corrientes; pero no patinó. Siguió más allá del depósito, por un sendero que bordeaba el arroyo Wine hasta que llegó a un bosquecillo de hayas. Una vez allí, encendió una hoguera junto al tronco caído de un árbol y sentóse a un extremo de éste, para meditar. Cuando empezó a caer la nieve y a soplar el viento, se dio prisa en recoger combustible para la hoguera.

El joven reportero tenía el pensamiento en Kate Swift, que había sido su maestra de escuela. La noche anterior había ido a casa de Kate para que le diese un libro que ella tenía interés en que leyese George; habían estado solos durante una hora. Era la cuarta o quinta vez que aquella mujer le hablaba con gran interés, y no acertaba él a comprender lo que sus palabras podían significar. Empezó a pensar que tal vez estuviese enamorada de él; este pensamiento le resultaba agradable y penoso al mismo tiempo. Se levantó del tronco en que estaba sentado y se puso a echar ramas a la hoguera; miró alrededor para ver si estaba solo y empezó a hablar en alta voz como si se hallase frente a Kate. «Me parece que usted está a punto de caer, y usted lo sabe —exclamó—. Voy a descubrir lo que hay de cierto. Espere y ya lo verá.»

El joven se levantó y regresó por el mismo sendero hacia el pueblo, dejando el fuego en brasas. Cuando caminaba por las calles, resonaban los patines en su bolsillo. Llegado que hubo a su habitación de New Willard House, encendió la estufa y se tumbó encima de la cama; empezó a pensar cosas voluptuosas; bajó la cortina de la ventana, cerró los ojos y se volvió de cara a la pared. Cogió una almohada entre sus brazos y la estrechó con fuerza, pensando primero en la maestra, que había despertado algo dentro de él con sus palabras, y luego pensó en Helen White, la esbelta hija del banquero del pueblo, de la que estaba hacía tiempo medio enamorado.

A las nueve de la noche, la nieve formaba una espesa capa en las calles y la temperatura se había hecho muy rigurosa.

Era difícil caminar. Las tiendas estaban a oscuras y la gente se había refugiado en sus casas. El tren nocturno de Cleveland traía mucho retraso, pero a nadie le interesaba su llegada. A eso de las diez, los mil ochocientos vecinos del pueblo, a excepción de cuatro, estaban acostados.

Hop Higgins, el sereno, estaba medio despierto. Era cojo y caminaba apoyándose en un grueso bastón. Cuando las noches eran oscuras, se alumbraba con un farol. Entre nueve y diez de la noche fue a hacer su correspondiente ronda. Recorrió dando tropezones Main Street de un extremo a otro, viendo si las puertas de las tiendas se hallaban cerradas. Se metió luego por las callejuelas y comprobó que las puertas traseras se hallaban también cerradas. Encontrando todo en orden, dobló una esquina, marchó precipitadamente a New Willard House y llamó a la puerta. Llevaba intención de permanecer todo el resto de la noche al calor de la estufa. «Acuéstate; yo tendré cuidado de que no se apague el fuego», dijo al chico que dormía en un catre en el despacho del hotel.

Hop Higgins se sentó junto a la estufa y se quitó los zapatos. Cuando el muchacho se durmió, se puso él a meditar en sus cosas. Tenía el propósito de pintar su casa por la primavera y calculaba, sentado junto a la estufa, lo que le costaría la pintura y la mano de obra. Esto lo llevó a realizar otros cálculos. El sereno había cumplido los sesenta, y quería retirarse. Cobraba una pequeña pensión porque era veterano de la Guerra Civil. Pensaba buscar la manera de ganarse la vida de otro modo y aspiraba a llegar a ser un profesional de la cría de hurones. Tenía ya en la bodega de su casa cuatro de esos extraños y salvajes animalitos, que los cazadores emplean para cazar conejos. «Tengo ahora un solo macho y tres hembras —masculló—. Con un poco de suerte será fácil que para la primavera tenga doce o quince. Al año siguiente podré empezar a poner anuncios en los periódicos deportivos.»

El sereno se arrellanó en su asiento y dejó de pensar. Pero no dormía. Un entrenamiento de muchos años le había enseñado a permanecer sentado durante las largas noches entre dormido y despierto. Al llegar la mañana se encontraba tan descansado como si hubiese dormido.

Una vez que Hop Higgins se recogió en su silla, al abrigo de la estufa, sólo tres personas quedaban despiertas en Winesburgo. George Willard estaba en las oficinas del Eagle, haciendo como se ocupaba en escribir una novela, pero en realidad siguiendo con los mismos pensamientos que tenía por la mañana cuando estaba junto a la hoguera, allá en el bosque. El reverendo Curtis Hartman se hallaba sentado en la torre del campanario de la iglesia presbiteriana esperando que Dios se le apareciese, y Kate Swift, la maestra, salía de su casa para dar un paseo en medio de la tormenta. Eran las diez pasadas cuando Kate Swift salió. Su paseo no tenía una finalidad determinada; era como si los pensamientos de aquel hombre y de aquel muchacho, concentrados en ella, la hubiesen empujado a las calles heladas. Tía Elizabeth Swift se hallaba en el pueblo cabeza del distrito por ciertos asuntos relacionados con unas hipotecas en que tenía invertido dinero, y no regresaría hasta el día siguiente. La hija se hallaba sentada en el comedor de la casa, junto a una gran estufa de las llamadas centrales, leyendo un libro. De pronto se levantó como movida por un resorte y, cogiendo una capa de un perchero que había junto a la puerta de la calle, salió corriendo de la casa.

Kate Swift tenía treinta años y no estaba considerada en Winesburgo como una mujer hermosa; su constitución no era sana y su cara estaba cubierta de pequeños granos que eran un indicio de mala salud. Pero sola y en aquellas calles heladas resultaba encantadora. Era erguida de espaldas, sus hombros eran cuadrados y sus facciones como las de una estatua fina de diosa, colocada sobre un pedestal, en medio de un jardín, en la penumbra de un anochecer veraniego.

La maestra había ido aquella tarde a ver al doctor Welling para consultarle acerca de su salud. El doctor habíala reprendido, diciéndole que estaba a punto de quedarse sorda. Era una locura lo que hacía Kate Swift al salir a la intemperie en medio de una tormenta semejante; una locura y tal vez un peligro.

Aquella mujer que caminaba por las calles no se acordaba de las palabras del médico y no habría vuelto atrás aunque se hubiese acordado de ellas. Sentía mucho frío, pero a los cinco minutos de pasear no le importaba ya la temperatura. Caminó primeramente hasta el final de su calle, cruzó luego las dos pesas del heno, encajadas en tierra delante de un depósito de forrajes, y luego salió a Trunion Pike. Siguiendo por Trunion Pike llegó hasta el horno de Ned Winter y, doblando hacia el Este, pasó por una calle de casitas de madera que desembocaba, por Gospel Hill, en Sucker Road, carretera que seguía por una pequeña hondonada hasta más allá

de la granja avícola de Ike Smead, terminando en el depósito de aguas. Aquella audacia y excitación que la habían empujado fuera de casa se desvanecieron conforme iba caminando, pero volvieron más tarde.

El temperamento de Kate Swift tenía algo de arisco y repelente. A todos les producía idéntica impresión. Su actitud en clase era callada, fría y rígida, aunque en cierto y extraño sentido era también de intimidad. De vez en cuando, parecía invadirla una extraña sensación y era feliz entonces. Todos los niños de la escuela sentían los efectos de aquella felicidad. Se quedaban un rato sin estudiar, apoyados en el respaldo de sus asientos, con la vista fija en su maestra.

La maestra paseaba entonces de un lado a otro de la clase, con las manos en la espalda, y hablaba con gran rapidez. El tema que se le ocurría no parecía tener importancia. En cierta ocasión les habló a los niños de Charles Lamb y les relató anécdotas íntimas y sorprendentes que tenían relación con la vida del difunto escritor. Contaba las anécdotas como quien ha vivido en la misma casa que Charles Lamb y conoce todos los secretos de su vida privada. Los chicos estaban algo desorientados, creyendo que Charles Lamb debía de ser una persona que había vivido en Winesburgo.

En otra ocasión habló a los muchachos acerca de Benvenuto Cellini. Esta vez se echaron a reír. ¡Qué jactancioso, turbulento, valeroso y simpático resultaba aquel viejo artista, tal como ella lo pintaba! También inventó anécdotas acerca de éste. Una de ellas se refería a un alemán, profesor de música, que vivía en la ciudad de Milán, encima de las habitaciones de Benvenuto Cellini, y que hizo desternillar de risa a los muchachos. Sugars McNutts, un muchacho gordinflón, de mejillas coloradas, se rió con tal gana que se mareó y se cayó de su asiento; Kate Swift se rió con él. Pero de pronto adoptó otra vez su actitud fría y rígida.

Durante aquella noche en que caminaba por las calles desiertas y cubiertas de nieve, la vida de la maestra había entrado en una crisis. Aunque nadie lo sospechaba en Winesburgo, aquella vida había tenido mucho de aventurera. Y continuaba siéndolo. Un día tras otro, cuando atendía la escuela o cuando paseaba por las calles, libraban batalla en su interior la pena, la esperanza y el deseo. Detrás de aquella apariencia de frialdad, sumergíase su imaginación en los más extraordinarios episodios. Para la gente de aquel pueblo era una solterona empedernida; y como hablaba con dureza y no se mezclaba con los demás, dieron por sentado que carecía de todas aquellas pasiones humanas que tanto influían, para bien y para mal, en sus vidas. A decir verdad, era el temperamento más ardiente y apasionado que había en el pueblo; más de una vez, durante aquellos cinco años que llevaba establecida en Winesburgo, como maestra, después de volver de sus viajes, había tenido que salir de su casa a media noche, echándose a pasear, mientras se

libraban dentro de ella fieras batallas. Cierta noche de lluvia permaneció fuera de casa seis horas, y cuando regresó riñó con tía Elizabeth Swift. «Me alegro de que no hayas salido hombre -díjole ásperamente su madre-. Más de una vez he tenido que estar esperando a que tu padre volviese a casa, sin saber en qué nuevo lío se habría metido. He tenido ya mi buena parte de inquietudes y no debes extrañarte de que no quiera ver reproducidas en ti sus peores cualidades.»

. . .

El alma de Kate Swift ardía pensando en George Willard. Había creído distinguir la chispa del genio en algunos de los trabajos hechos por el muchacho en la escuela, y quería avivar aquella chispa. Cierta día de verano fue a las oficinas del Eagle y, encontrando al muchacho desocupado, se lo había llevado a pasear por Main Street hasta el Campo de la Feria, donde se sentaron sobre la hierba en un ribazo y estuvieron conversando. La maestra quiso que el joven se hiciese una idea de las dificultades con que tropezaría para ser escritor. «Tiene usted que estudiar la vida -le dijo, con voz temblorosa y llena de ansiedad. Cogió a George Willard por los hombros y le hizo volverse hacia ella, de manera que pudiese mirarle a los ojos. Alguien que pasara por allí hubiera pensado que iban a abrazarse-. Si quiere llegar a ser escritor, no se deje embaucar por la palabrería -explícle-. Sería preferible que no pensase en escribir hasta que estuviese mejor preparado. Ocúpese ahora en vivir. Yo no quisiera que usted se desanimase, pero me gustaría hacerle comprender la importancia de eso a que usted aspira. Tiene que ser usted algo más que un simple buhonero de vocablos. Hay que aprender a percibir lo que la gente piensa, no lo que dice.»

La víspera de aquella tormentosa noche del jueves, al atardecer, mientras el reverendo Curtis Hartman se hallaba sentado en la torre de la iglesia esperando poder contemplar su cuerpo, llegó el joven Willard a visitar a la maestra para que le prestase un libro. Ocurrió entonces algo que sorprendió y dejó al muchacho en un mar de confusiones. Tenía ya el libro bajo el brazo y se disponía a marchar. Otra vez Kate Swift le habló con gran ansiedad. Anocheceía y el cuarto iba quedando en la penumbra. Al dar media vuelta para retirarse, pronunció ella su nombre con dulzura y le cogió la mano con un movimiento impulsivo. Su corazón de mujer solitaria se puso a latir, respondiendo al atractivo viril, porque el reportero se estaba haciendo rápidamente hombre, pero respondiendo al mismo tiempo a su entusiasmo de adolescente. Se sintió invadida por un deseo ardiente de hacerle comprender la importancia de la vida, de enseñarle a interpretarla fiel y honradamente. Se inclinó hacia adelante, y rozó con sus labios su mejilla. Y en aquel mismo instante reparó el joven por vez primera en la notable belleza de sus

facciones. Los dos estaban cohibidos y ella, para dominar sus sentimientos, adoptó una actitud de dureza y altivez. « ¿Para qué? Transcurrirán diez años antes de que empieces a comprender el sentido de mis palabras», exclamó apasionadamente.

...

La noche de la tormenta, mientras el ministro estaba sentado en la iglesia esperándola, marchó Kate Swift a las oficinas del Winesburg Eagle, con el propósito de volver a charlar con el muchacho. Después de su largo paseo por la nieve, sentíase helada, solitaria y cansada. Cuando pasaba por Main Street, vio que la luz se filtraba por el escaparate de la imprenta y reverberaba por la nieve; sintió un impulso, abrió la puerta y entró. Y estuvo durante una hora en aquella oficina, junto a la estufa, hablando de la vida. Se expresaba con un interés apasionado. Aquella fuerza que le había impelido a caminar por la nieve se derramaba ahora en su charla. Se sintió inspirada, como solía estarlo a veces en la escuela, frente a los niños. Se había apoderado de ella un gran deseo de abrir las puertas de la vida a aquel muchacho que había sido alumno suyo y al que juzgaba con talento para comprenderla. Tal era su vehemencia, que se convirtió en una sensación física. Otra vez sus manos se agarraron a sus hombros, haciendo que se volviese hacia ella. Sus ojos llameaban en la habitación débilmente iluminada. Se puso en pie y se echó a reír; no era aquella risa seca, habitual en ella, sino una risa extraña, insegura. «Es necesario que me marche —dijo—. Si permanezco aquí un momento más, no voy a poder contenerme y te voy a besar.»

Reinó súbitamente la confusión en la oficina del periódico. Kate Swift se volvió y echó a andar hacia la puerta. Era una maestra, pero también era una mujer. Al mirar a George Willard se apoderó de ella el deseo ardiente de ser amada por un hombre, un deseo que ya mil veces había invadido su cuerpo como un torbellino. Visto a la luz de la lámpara George Willard no parecía un muchacho, sino un hombre que reunía ya condiciones para desempeñar el papel de varón.

La maestra dejó que George Willard la tomase en sus brazos. La atmósfera de aquella oficina pequeña y templada se hizo de pronto abrumadora, y la maestra sintióse desfallecer. Esperó, apoyada en un pequeño mostrador. Cuando él se acercó y la puso una mano en el hombro, ella se dio vuelta y se dejó caer sobre el joven. La confusión de George Willard aumentó instantáneamente. Estrechó durante unos momentos con fuerza el cuerpo de la mujer; pero de pronto aquella se puso rígida y dos puños menudos y puntiagudos se pusieron a golpearle en la cara. Cuando la maestra salió huyendo, dejándolo solo, empezó el joven a dar vueltas por la habitación, echando pestes y maldiciones.

Y en semejante estado de confusión se encontraba cuando asomó el reverendo Curtís Hartman. Cuando estuvo ya dentro, empezó George a creer que el pueblo se había vuelto loco. El ministro, agitando su puño que manaba sangre, afirmaba que aquella mujer que George acababa de tener entre sus brazos, había sido enviada por Dios para proclamar sus verdades.

...

George apagó la lámpara del escaparate, cerró la puerta de la imprenta y se marchó a su casa. Pasó por el despacho del hotel, dejando allí a Hop Higgins perdido en sus sueños de criador de hurones, y se metió en su cuarto. La estufa se había apagado y se desvistió en el cuarto frío. Cuando se metió en la cama, las sábanas le parecieron dos mantas de nieve seca.

George Willard se revolvía en la misma cama en que había estado tumbado aquella tarde acariciando la almohada y pensando en Kate Swift. Resonaban en sus oídos las palabras del ministro, que le pareció se había vuelto loco. Su mirada vagaba por la habitación. Se desvaneció el resentimiento propio del macho burlado, y se esforzó por comprender lo que había ocurrido. No lo conseguía. Repasaba una y otra vez en su imaginación todos los episodios. Transcurrieron horas, y pensó que debía estar ya clareando el nuevo día. A las cuatro de la madrugada se tapó la cara con las ropas de la cama y se esforzó en dormir. Cuando se quedó amodorrado y se le cerraron los ojos, alzó la mano y tanteó en las tinieblas. «Me he quedado sin saber algo..., sin saber algo que Kate Swift quería decirme», murmuró entre sueños. Y se quedó dormido, y fue él la última persona que se acostó en Winesburgo aquella noche de invierno.

TODO ES ENGAÑO

ERA LA HORA del anochecer, de uno de los últimos días de otoño. La Feria Comarcal de Winesburgo había atraído al pueblo una gran muchedumbre de gentes del campo. El día había sido despejado y la noche se presentaba tibia y agradable. Las carretas que pasaban por Trunion Pike, en donde la carretera se extendía, al salir, de la ciudad, por entre campos de fresales, cubiertos ahora de oscuras hojas secas, levantaban nubes de polvo. Los niños, arrebuados como pequeñas pelotas, dormían encima de la paja extendida dentro de los carros. Sus

cabellos estaban cubiertos de polvo, y sus dedos sucios y pegajosos. El polvo se cernía sobre los campos; y el sol, al ocultarse, lo teñía con vivo resplandor.

La muchedumbre llenaba las tiendas y las aceras de la calle principal de Winesburgo. Se echó encima la noche, relincharon los caballos, los dependientes de las tiendas iban y venían como locos, los niños se extraviaban y rompían a berrear, y todo un pueblo de Norteamérica trabajaba desesperadamente por divertirse.

El joven George Willard se abrió paso por entre la muchedumbre que llenaba Main Street, se escondió en la escalera del consultorio del doctor Reefy y observó desde allí a la gente. Examinaba con ojos febriles las caras que desfilaban bajo las luces de los almacenes. Pugnaban por irrumpir en su cerebro toda clase de pensamientos, pero él no quería pensar. Golpeaba impaciente con los pies en las escaleras de madera y miraba inquisitivamente a todas partes. «Bueno, ¿será capaz ella de no apartarse de él en todo el día? ¿Me habrá hecho esperar inútilmente todo este rato?», murmuró.

George Willard, el muchacho de aquel pueblo de Ohio, se hacía rápidamente hombre y empezaba a pensar de distinta manera que hasta entonces. Había andado todo el día entre aquella masa humana de las ferias, con un sentimiento de soledad en el alma. Pronto iba a abandonar Winesburgo para marchar a una ciudad, donde esperaba colocarse en algún periódico; tenía la sensación de ser una persona mayor. Aquel estado de ánimo suyo era propio de hombre e impropio de un muchacho. Sentíase viejo y un poco cansado. Se despertaban en él los recuerdos. Creía que su nuevo sentimiento de madurez lo apartaba del mundo, haciendo de él una figura casi trágica. Hubiera querido que alguien fuese capaz de comprender la sensación que lo dominaba después de la muerte de su madre.

Llega para todos los muchachos un momento en el que se vuelven a contemplar su vida pasada. Es tal vez ese momento en que cruzan la línea que los separa de la edad viril. El muchacho pasea por las calles de su pueblo. Piensa en su porvenir, en el papel que representará en el mundo. Despiértase en él ambiciones y arrepentimientos. De pronto ocurre algo imprevisto; se detiene debajo de un árbol y permanece como a la espera de que alguien le llame por su nombre. Se deslizan en su conciencia sombras de cosas pasadas; las voces del exterior le susurran un mensaje que le habla de las limitaciones de la vida. La seguridad absoluta que tenía en su porvenir se trueca en una absoluta inseguridad. Si es un muchacho de imaginación, cae derribada delante de él una puerta y se le presenta ante la vista, por vez primera, el panorama del mundo; ve, como si desfilaran ante él en procesión, las incontables figuras de hombres que hasta aquel momento han salido

de la nada, han vivido sus vidas y han vuelto a desaparecer en la nada. La tristeza de lo falaz ha caído sobre el muchacho. Se mira atónito a sí mismo como una simple hoja que el viento arrastra por las calles de su pueblo. Comprende que, a pesar de toda la seguridad vocinglera con que hablan sus compañeros, está condenado a vivir y morir en la incertidumbre; que es una cosa arrastrada por el viento, una cosa destinada a agotarse, como el trigo, bajo los rayos del sol. Se estremece y mira en torno suyo. Los dieciocho años que él ha vivido parecen sólo un momento, el tiempo de una respiración en la larga marcha de la Humanidad. Escucha ya la llamada de la muerte. Y anhela desde lo más hondo de su corazón acercarse a otro ser humano, tocar con sus manos a otra persona, sentir la caricia de otras manos. Si prefiere que esas manos sean las de una mujer es porque cree que la mujer será afectuosa, que le comprenderá. Eso es lo que quiere sobre todo: comprensión.

Cuando llegó para George Willard ese momento de desengaño, su pensamiento se volvió hacia Helen White, la hija del banquero de Winesburgo. Se había dado cuenta en todo momento de que aquella joven se hacía mujer a la par que él entraba en la virilidad. Cuando él tenía dieciocho años, salió cierta noche de verano a pasear con ella por el campo y se dejó llevar, en presencia suya, de un impulso de fanfarronería; quiso aparecer grande e importante ante sus ojos. Ahora llevaba otras intenciones al pretender verse con ella. Quería hablarle de los nuevos pensamientos de que se sentía inspirado. Se había esforzado, cuando nada sabía él acerca de la hombría, en hacer que ella lo tomase por un hombre, y ahora quería estar a su lado para hacerle comprender el cambio que se había operado, según él creía, en su naturaleza.

También Helen White había llegado a un período de transformación. Lo que George sentía, también lo sentía ella a la manera de una mujer joven. Ya no era una niña, y ansiaba alcanzar la gracia y la belleza de la mujer hecha. Había llegado de Cleveland, en uno de cuyos colegios estudiaba, para pasar un día en la feria. También ella empezaba a tener recuerdos. Durante el día permaneció sentada en la gran tribuna, acompañada por un joven, uno de los profesores adjuntos del colegio, que era huésped de su madre. Era un joven algo pedante, y ella comprendió en seguida que no era el hombre que a ella le hacía falta. Estaba satisfecha de que la viesan en la feria con él, porque vestía bien y era forastero. Estaba segura de que la sola presencia del joven produciría impresión. Sentíase feliz durante el día, pero cuando se hizo de noche empezó a estar desasosegada. Quería alejar de allí al profesor, escapar de su presencia. Mientras estuvieron sentados en la gran tribuna y vio clavados en ella los ojos de sus antiguas compañeras de escuela, mostróse Helen tan atenta con su acompañante que éste

fue interesándose. «Un hombre de ciencia necesita dinero. Yo debería casarme con una mujer que tuviese dinero», cavilaba.

Helen White iba pensando en George Willard en el momento mismo en que éste se paseaba, tético, entre la multitud. Se acordaba de la noche de verano en que habían salido juntos, y quería volver a pasear en su compañía. Pensaba que los meses que ella había pasado en la ciudad, asistiendo a teatros y viendo caminar a las grandes multitudes por las anchas avenidas iluminadas, la habían cambiado profundamente. Quería que él sintiese y se diese cuenta de la transformación de su naturaleza.

Mirando las cosas razonablemente, la noche que habían pasado juntos y que tan grabada había quedado en la memoria del joven como en la de la mujer, se había pasado de una manera bastante tonta. Salieron fuera de la ciudad y caminaron por un camino vecinal; luego se detuvieron junto a una vallado, cerca de un campo de trigo verde, y George se quitó la americana y se la colgó del brazo. «Bueno, hasta ahora no me he movido de Winesburgo, eso es; todavía no he salido de aquí; pero ya voy haciéndome mayor -dijo-. He leído muchos libros y he pensado mucho. Voy a intentar ser algo en la vida.»

«Verás —explicó—; no es eso lo que quería decir. Lo mejor sería, tal vez, que me callase.»

El muchacho, completamente turbado, apoyó su mano en el brazo de la joven. Le temblaba la voz. Retrocedieron por el mismo camino, hacia el pueblo. Y en su desesperación, soltó George esta balandronada: «Yo he de llegar a ser un gran hombre, el más grande de cuantos han vivido en Winesburgo. Te necesito, aunque no sé como. Es posible que no tenga derecho a decírtelo. Y yo quisiera que tú fueses una mujer distinta de las demás. Ya me comprendes. No soy yo quien debe decírtelo. Que seas una espléndida mujer-. Eso es lo que quiero.»

La voz del muchacho se apagó, y los dos regresaron en silencio al pueblo, pasando por Main Street para ir a casa de Helen. Ya en el portal, hizo George un esfuerzo para decir alguna cosa ele efecto. Se acordó de los discursos que se traía preparados, pero le parecieron completamente inútiles. «Yo pensaba -yo solía pensar-, yo tenía la idea de que tú te casarías con Seth Richmond. Ahora ya sé que no», fue todo lo que acertó a decir cuando ella atravesó el portal y se dirigió hacia la puerta de entrada de su casa.

En este tibio anochecer de otoño, de pie en la escalera y mirando a la gente que pasaba por Main Street, recordó George la conversación aquélla junto al campo de verde trigo, y sintió vergüenza del papel que había representado.

La gente iba y venía por la calle como ganado confinado dentro de una empalizada. Los carricoches y carros obstruían casi por completo la estrecha calzada. Tocaba una banda, y los muchachos pequeños corrían por la acera, metiéndose por entre las piernas de los hombres; muchachos jóvenes de rostros rubicundos caminaban torpemente con jóvenes cogidas de su brazo. En una sala situada encima de un almacén, en la que iba a darse baile, templaban los violinistas sus instrumentos. Sus notas cortadas caían por la ventana abierta y flotaban por entre el murmullo de voces y los bramidos de las cornetas de la banda. Aquella mezcolanza de ruidos excitó los nervios del joven Willard. En todas partes, por todos lados, lo rodeaba una sensación de muchedumbre, de vida en ebullición. Quería escapar de allí, a un lugar en que se sintiese solo y pudiese meditar. «Que siga con ese joven, si tal es su deseo. ¿ Por qué he de preocuparme? ¿ No es lo mismo para mí?», exclamó gruñonamente, y se lanzó por Main Street; al llegar a la tienda de ultramarinos de Hern dobló por una calle lateral.

George sentíase tan completamente solo y abatido que sentía impulsos de llorar; pero el orgullo le obligó a seguir adelante, balanceando los brazos. Llegó hasta las caballerizas de alquiler de Wesley Moyer y se detuvo en la oscuridad a escuchar lo que decía un grupo de hombres que estaban conversando acerca de la carrera que había ganado aquella tarde en la feria el garañón de Wesley, Tony Tip; se había reunido un gran número de personas frente a las caballerizas, y Wesley se paseaba por delante del grupo, dándose importancia y fanfarroneando. Tenía en la mano un látigo y no cesaba de dar golpes en el suelo con él. A la luz de la lámpara se veía cómo saltaba a cada golpe una nubecilla de polvo. «Por todos los diablos, callaos —exclamó Wesley—. Yo no tenía miedo; desde el primer momento estaba seguro de vencerlo. No tenía miedo.»

Aquellas fanfarronadas del tratante Moyer habrían despertado el interés de George Willard de haber estado en su ordinaria situación de ánimo, pero en esta ocasión lo pusieron furioso. Dio media vuelta y se alejó por la calle. «Viejo fanfarrón —masculló entre dientes—. ¿Por qué será tan jactancioso? ¿Por qué no se callará?»

George se metió por un solar vacío, y en su precipitación tropezó y se cayó encima de un montón de trastos viejos. Un clavo que sobresalía de un barril desfondado le rasgó el pantalón. Sentóse en el suelo y empezó a echar maldiciones. Arregló el rasguño del pantalón con un alfiler, se levantó y siguió adelante. «Lo que voy a hacer es ir a casa de Helen White. Iré derecho allí. Diré que quiero hablar con ella. Me iré allí sin rodeos y me sentaré a esperar», se dijo, al mismo tiempo que saltaba por una empalizada y echaba a correr.

. . .

Helen se hallaba en la terraza de la casa del banquero White, desasosegada y distraída. El profesor adjunto estaba sentado entre la madre y la hija. Su conversación aburría a la joven. Aunque también el joven profesor se había educado en un pueblo de Ohio, empezó a darse aires de hombre de ciudad. Quería aparentar cosmopolitismo. «Me encanta esta oportunidad que ustedes me han dado de estudiar el ambiente de donde salen la mayor parte de nuestros jóvenes — exclamó—. Ha sido usted muy amable, señora White, al invitarme y pasar aquí el día de hoy.» Se volvió hacia Helen y se echó a reír. «¿Se halla la vida de usted ligada todavía a la vida de este pueblo? ¿Hay aquí personas por las que usted se interesa?», dijo. Aquella voz sonó en los oídos de la joven como cosa afectada y aburrida.

Helen se levantó y se metió dentro. Se detuvo junto a la puerta que daba al jardín en la parte trasera de la casa y se puso a escuchar. Su madre empezaba a decir: «No hay en este pueblo un partido conveniente para una joven de las condiciones de Helen.»

Helen bajó corriendo un tramo de escaleras y salió al jardín. Se detuvo temblorosa en la oscuridad. Tenía la sensación de que el mundo estaba lleno de gentes sin sentido, que no hacían más que hablar. Presa de ardiente ansiedad, salió corriendo por el portal del jardín y, doblando una esquina junto a las caballerizas del banquero, siguió por una pequeña calle lateral. «¡George! ¿Dónde estás?», exclamó dominada por una exaltación nerviosa. Se detuvo y se apoyó contra un árbol, rompiendo a reír histéricamente. George Willard se acercaba por la pequeña calle oscura, hablando solo: «Voy a meterme de rondón en su casa. Entraré, sin más, y me sentaré», iba diciendo, y en aquel momento tropezó con ella. Se detuvo y se le quedó mirando atontado. «Ven», dijo, y la cogió de la mano. Caminaban bajo los árboles de la calle con las cabezas inclinadas. Las hojas secas rechinaban bajo sus pies. George pensaba en lo que le convendría hacer y decir, ahora que la había encontrado.

. . .

Al extremo superior del campo de la feria de Winesburgo hay una vieja tribuna destartalada. Jamás le dieron una mano de pintura, y las tablas se hallaban torcidas y deformadas. El campo de la feria está en lo alto de una pequeña colina que se eleva en el valle del Wine Creek, y por la noche se distinguen desde la tribuna, más allá de unos trigales, las luces del pueblo, que parecen brillar sobre el fondo del firmamento.

George y Helen subieron hacia lo alto de la colina por un sendero que pasaba junto al depósito de aguas corrientes. La sensación de soledad y aislamiento que se había apoderado del joven en las calles llenas de concurrencia, quedaba ahora disipada, e intensificada al mismo tiempo con la presencia de Helen. Y lo que el joven sentía reflejándose en ella.

En todos los jóvenes hay dos fuerzas que se entrechocan. El pequeño animal impetuoso e irreflexivo lucha contra el ser que piensa y recuerda; y aquel estado de ánimo, propio de un ser de más edad y más desengañado, se había apoderado de George Willard. Helen, que lo adivinaba, caminaba a su lado llena de respeto. Cuando llegaron a la tribuna se encaminaron hasta la fila más alta y tomaron asiento en uno de los bancos.

Visitando el campo de la feria, en los alrededores de cualquier pueblo del Medio Oeste, durante la noche que sigue al día de su celebración, se experimenta una sensación inolvidable. Se ven por todas partes, sombras, no de difuntos, sino de personas vivientes. Durante el día se han congregado aquí las gentes del pueblo y de la región circunvecina. Dentro del vallado del campo se han reunido los granjeros con sus mujeres y sus hijos, y todas las personas que viven en los centenares de pequeñas casas de madera. Se han reído las jóvenes y han hablado de sus asuntos los hombres barbudos. Aquel lugar estaba rebosante de vida. Bullía y reventaba de vida; pero ha llegado la noche y la vida se ha retirado de allí. El silencio es casi aterrador. Si una persona de naturaleza reflexiva se oculta y permanece en silencio junto al tronco de un árbol, todo lo que hay de reflexivo en su temperamento se intensifica. Se estremece al pensar en la futilidad de la vida; y al mismo tiempo, si se trata de un habitante de aquel pueblo, siente hacia ellos un amor tan intenso que le salen las lágrimas a los ojos. George Willard estaba sentado junto a Helen, en la oscuridad, bajo el techo de la tribuna, y sentía con gran viveza su propia insignificancia dentro del sistema de la vida. Lejos ya del pueblo, en donde se irritaba por la presencia de aquellas gentes que iban y venían agitadas y atareadas por una multitud de negocios, desapareció su irritabilidad. La presencia de Helen le servía de tónico y sedante. Parecía como si aquella mano de mujer le ayudase a poner a punto minuciosamente la maquinaria de su vida. Empezó a pensar, casi con reverencia, en aquellas gentes del pueblo en donde había vivido siempre. Sentía un gran respeto por Helen. Quería amarla y ser amado por ella; pero en aquel momento no quería sentirse conturbado por la mujer que había surgido en ella. La cogió de la mano en la oscuridad; y, cuando ella se le aproximó, George le pasó la mano por la espalda. Empezó a soplar el viento, y ella empezó a tiritar. George concentró toda su energía, intentado comprender y hacerse cargo de aquel estado de ánimo que se había adueñado de

él. Allá en la oscuridad, en aquella eminencia, se abrazaban estrechamente dos átomos humanos, poseídos de una extraña sensibilidad, y esperaban. Los dos tenían el mismo pensamiento. «Yo he venido a este lugar solitario, y aquí está este otro.» Tal era en sustancia lo que sentían.

Aquel día, de tanta concurrencia en Winesburgo, se había esfumado hasta convertirse en una de las largas noches de fines de otoño. Los caballos de las granjas se alejaban trotando por los solitarios caminos vecinales, arrastrando cada cual su parte correspondiente de gente fatigada. Los dependientes empezaron a retirar de las aceras las muestras y fueron cerrando las puertas de las tiendas. En el teatro de la Opera se había congregado una gran muchedumbre para presenciar la representación. Más allá, en Main Street los violinistas, una vez templados los instrumentos, trabajaban y sudaban para que los pies de la juventud volasen sin descanso por el suelo del salón de baile.

Helen White y George Willard permanecieron callados en la oscuridad de la tribuna. De ver, en cuando se rompía el encanto que los tenía embargados y se volvían para mirarse a los ojos. Se besaban, pero este ímpetu no duraba mucho. Al extremo más elevado del campo de la feria había media docena de hombres cuidando los caballos que habían corrido aquella tarde. Habían hecho una hoguera y calentaban en ella ollas de agua. Sólo se distinguían sus piernas cuando se movían, a la luz de las llamas. Cuando soplabla el viento danzaban locamente las pequeñas lenguas de fuego.

George y Helen se levantaron y fueron caminando en medio de la oscuridad. Siguiéron por un sendero que pasaba junto a un trigal no cortado todavía. El viento susurraba entre las secas espigas. Aquel encanto que los embargaba se quebró un momento durante su regreso al pueblo. Cuando llegaron a la cima de la colina del depósito de aguas se detuvieron junto a un árbol y George volvió a poner sus manos en los hombros de la joven. Ella le abrazó ardientemente, pero los dos contuvieron rápidamente aquel impulso; dejaron de besarse y permanecieron un poco apartados. Creció en ellos el sentimiento de mutuo respeto. Sintieronse cohibidos y, para librarse de esa penosa sensación, se dejaron dominar por los ímpetus animales de la juventud. Estallaron en risas y empezaron a darse empujones y a tironear el uno del otro. Amansados y purificados en cierto sentido por aquel estado de ánimo de que habían estado poseídos, no fueron ya hombre y mujer, ni muchacho ni muchacha, sino dos pequeños animales impetuosos.

Y de esta manera descendieron por la ladera de la colina. Juguetaban en la oscuridad como dos magníficos seres jóvenes, en un mundo joven. Una de las veces en que corrían como locos, tropezó Helen con George, y éste cayó al suelo,

braceando y gritando. Rodó colina abajo entre grandes risotadas; Helen corrió tras él. Se detuvo un momento en la oscuridad. No es posible saber cuáles fueron los pensamientos de mujer que cruzaron entonces por su mente; cuando estuvieron al pie de la colina y se acercó ella al muchacho, le cogió del brazo y caminó a su lado en medio de un silencio lleno de dignidad. Ni uno ni otro habrían podido explicar, por alguna razón desconocida, que aquella noche sin palabras les había proporcionado lo que ellos buscaban. Hombre o muchacho, mujer o niña, se habían compenetrado durante un momento de aquello que hace posible que los hombres y mujeres que han llegado a la madurez de su vida vivan en el mundo moderno.

Libros Tauro
<http://www.LibrosTauro.com.ar>